

Gente Vieja

ECOS DEL SIGLO PASADO

Número atrasado, 50 céntimos.

Paquete 25 ejemplares, 2,50 ptas.



SUMARIO

A nuestros favorecedores.—*La fuerza de la razón*, por Vicente Colorado.—*Se van los quintos*, por Antonio Afán de Ribera.—*Una balada de Heine*, traducción de Joaquín Olmedilla.—*Periodistas Españoles*, por Alberto Valero Martín.—*Un brindis*, por Manuel del Palacio.—*Pedir* (verbo muy activo), por Ricardo Sepúlveda.—*Tarjeta Postal*, por Juan José Herráiz.—*Líneas*, por Eduardo Sánchez Rubio.—*La Eternidad*, por Federico Balart.—*El Congreso Internacional de Arquitectos al Excmo. Sr. Ministro de Instrucción pública*, por Bernardino Martín Mínguez.—*El parque* (Soneto), por Miguel Sánchez Pesquera.—*La decena dramática*, por uno que fué amigo de Barrutia.—*Bibliografía*, por la Redacción.—*Curiosidad literaria*, dedicatoria que hizo Quintana de sus poesías á Cienfuegos.—*Bien venido*.

“Gente Vieja,, á sus favorecedores

El día 1.º de Noviembre de 1900, es decir, hace cuatro años, nos reuníamos modestamente en el café de Pombo unos cuantos escritores de cierta edad—por no decir de edad proveya—para fundar esta Revista, de cuya vida dudaban algunos, considerando que nacíamos bastante crecidos.

En el tiempo transcurrido, han honrado con trabajos originales las columnas de GENTE VIEJA los más insignes escritores que existen en España, y el público y la prensa nos han tratado con un cariño y una deferencia que nunca agradeceremos bastante.

Para corresponder á los favores recibidos, desde este número mejoramos las condiciones materiales de nuestra publicación, cambiándole la forma por la presente, más cómoda para la lectura, y desde el próximo mes de Diciembre GENTE VIEJA se publicará los días 10, 20 y 30 de cada mes, comenzando con el nuevo año de 1904 á publicar ilustraciones en nuestro periódico, principalmente de carácter retrospectivo.

Para terminar, repetiremos lo que dijimos hace algunos años.

GENTE VIEJA, que es un modestísimo y vetusto decenario, que ni tiene pretensiones ni por qué tenerlas; que, en confianza, lo que más envidia es la juventud, de que carece, no viene al estadio de la prensa—estilo del año 1848—con más objeto que el de recordar otros tiempos, juzgar un poco los presentes y estrechar lazos antiguos de amistad entre los mozos viejos que lo publican y redactan.

Cuando se considera que sumados los años que entre todos tenemos, la suma sólo alcanza *veintiocho siglos y cincuenta y cuatro años*, es lógico que esperemos del favor del público, que sabrá dispensar nuestras faltas y nuestra inexperiencia.

La fuerza de la razón

Un bruto dió un pisotón
á cierto sér racional,
éste le llamó animal,
y aquél le dió un bofetón.

Sonaron en un minuto
bofetones como truenos;
dió el sér racional los menos
y ciento por uno el bruto.

¡Y aún dice el sér racional
con ingénu persuasión
que, en el mundo, la razón
vence á la fuerza animal.

VICENTE COLORADO

SE VAN LOS QUINTOS

I

«Las estrellitas del cielo
se visten de colorao,
y yo me visto de negro
porque mi novio es soldao».

Y este era el cantar que Mariquilla la rubia me gastaba en el corredor de «la casa pajiza», á la entrada del cerrete, mientras movía la escoba con febril precipitación.

—No callarás el pico, la decía Sinfrosa, mujer de un barbero ambulante, que venía de los pueblos los domingos á mudarse de ropa, y la entregaba por jornal una paliza, que le costaba á menudo pasar cinco días en la prevención. El muchacho volverá, no tengas cuidado por eso. Recuerda lo de

«que no se puede perder
pájaro que tiene nido».

—Pero si hubiera sacado un número alto, me excusaría de tanta pesadumbre. Como el que le habla á su hija de usted es cojo, se ha excusado de meter la mano en cédulas. Así al mío le faltara un remo.

—¿Qué dices, infeliz? Si vieras á Joseito renquear, no derramarías lágrimas por su viaje. Algo daría mi futuro yerno por tener sanidad en sus extremidades, aunque mi Concha, que es como tú, de la cáscara amarga, dice:

«Que todos los cojos
van á Santana,
y el irá también
con su pata galana».

—Déjeme de refranes, que la pena me ahoga, y doblemente, cuando mi madre le pide á Dios que su vuelta sea la del humo.

—Mucho hay que hablar, Mariquita, á nosotras nos pone una venda en los ojos ese mequetrefe que le llaman Cupido, y la autora de tus días sabe que José es una alhaja de las que no tienen precio. Si viviera tu padre, el el sargento Jiménez, ya lo hubiera puesto de un bofetón en lo ancho del Rey, y sobre todo.

«Ese llanto que derramas,
es decir á los mozuelos,
hay un corazón vacante
que necesita de dueño».

—Jesús, no me digas eso; yo no podré olvidarlo nunca. ¡Tiene tan buena sombra! Mi pesar es que, como en los pueblos los alojan, y las patronas están saltando por un militar, no vayan á catequizarlo y lo casen con una *cateta*, refiriéndole que tiene una viña y un rebaño de ovejas. ¡Digo, mi Pepe con agovias y un cayado!

—Descuida, que no todo el monte es orégano, y las palurdas prefieren una moneda de cinco duros más que todos los buenos mozos del universo.

—Vecina, vecina —gritó interrumpiéndola una vieja patizamba, vendedora de berzas en el mercado, que subía los escalones cargada con un enorme cenacho con el sobrante de la mercancía, y las pesas faltas ocultas en los bolsillos del delantal.—Sepa usted que predicar en balde, es disparate. Así que pasen unas semanas, no muchas, de que se lleven los quintorros, lo que si señas no mienten será en la tarde de pasado mañana, se acabarán los cantos, seguirán unos ratos de suspiros, y después la copilla:

«Cuando el quinto se despide,
se juran eterno amor,
y ocurre que al mes siguiente
ya lo olvidaron los dos».

—Yo tuve un novio que era tan borrico como San Miguel el alto, salvo unos bigotes negros que daban la hora, y entonces si eran trabajos el ser de tropa. Ocho años de servicio y su coetilla si había guerra, que era la fruta del tiempo. Me aseguraba que cuando viera unas enaguas cerraría los ojos. Yo lo creí, vamos, que le entregé todo cuanto tenía, y hasta dos pañuelos de seda legítimos, que semejaban mantones de Manila. Al poco tiempo le ví uno de collarín á *Dorothea la larga*, una tía que se ganaba la vida liando pitillos para el contrabando. La embestí sacándola medio rizo, y como era más fuerte que yo, me derribó al suelo, lastimándome las piernas.

El guapo volvió, pero las espaldas; y yo, burlada y con los desengaños á cuestras, aborrecí los hombres, y desde entonces, cuando escucho una tontona de éstas, no duermo de risa. Lo que había de gastar en cuidados de un varón, lo empleo en carne y en vino. Yo cojeo; pero el estómago está como mi arca, repleto.

Iba á terminarse el diálogo, cuando una vocecita aguda y melosa, que salía de una ventana del cuarto de enfrente, cantó:

«Ya se van los quintos, madre,
con ellos se va mi Pepe,
ya no tengo quien me traiga
horquillas para el rodete».

Escucharla María y dirigirse como una exhalación al sitio, todo fué uno.

—¡Envidiosa, fea! Á mí no me ha regalado nunca mi novio. Eso queda para tí, que siempre le estás pidiendo

zapatos descotados. Úntate del cerote en los hoyos de viruelas, que estás horrible.

La respuesta fué cerrarse de golpe la ventana, no sin antes tirarle un puchero á la María, que si en lugar de romperse en la baranda del corredor, lo hace en la cabeza de la enamorada, en San Juan de Dios hubiera pasado más de un novenario.

Á los gritos acudió la madre de la chiquilla, y la entró en su habitación del lado opuesto, con el apéndice de unos pellizcos, que le dejaron señales en los brazos.

II

Llegó la tarde del martes, día aciago, según la afligida muchacha, cuando, en unión de su madre, que refunfuñaba é iba como el que ahorcan, y de otras vecinas del barrio, penetraron en *la estación*, que estaba repleta de familias de cuantos se marchaban.

La noche antes estuvo el Pepillo con sus compañeros luciendo la gorrilla de cuartel, emblema de su nuevo destino, dando serenatas con dos guitarras de munición á sus íntimas.

A la Pepa le cantó, demostrando grande ternura:

«A servir al rey me voy
y no tengo escarapela,
dame una gota de sangre
de la que corre en tus venas»

La joven le hubiera dado hasta el corazón, pero la madre, que velaba, de un zapatazo la entró en el lecho, y sólo pudo arrojarle un escapulario de la virgen.

El mozo que presidía el corro, que por más leído llevaba galones de cabo, y que era un estudiante desaplicado, á quien el padre negara ya el pan y la sal, los condujo delante de una casa de buena apariencia, y después de armar grande estrépito, al sentir entreabrirse los balcones, cantó con voz de bajo profundo, la siguiente copla:

«Si por querer á un paisano
olvidas á un militar,
haste juicio que cambiastes
oro fino por metal».

Y no satisfecho con el decir, repitió:

«Tengo intención de volver
aunque me voy de soldado,
si te encuentro con marido
que se encomiende á San Marcos».

La pulla hizo su efecto, pues abriéndose de par en par las vidrieras, arrojaron manos profanas un lebrillo de agua, no aromática, sino de remojo de añejo bacalao.

Por fortuna de los músicos, éstos evitaron el bautizo con la ligereza propia de los pocos años, y hacemos punto en el relato de las aventuras de la serenata de despedida.

III

En el mayor orden, y conducidos por sus oficiales, llegaron un poco antes de la hora de partir el tren, para dar tiempo á los abrazos de las madres y de los apretones de las esposas en proyecto.

Sonó el pito, y sin duda para consuelo de los que se quedaban hasta llegar *al plantel*, los quintos cantaban:

«No llores, mi bien querido,
porque me voy á la guerra,
si ahora está el cielo nublado,
yo volveré con estrellas».

Á Mariquita la acometió un síncope, verdadero ó fingido; pero la madre lo contuvo con la medicina de retorcerle las carnes á pellizcos.

Y lo fuerte del caso es que, antes de llegar á la Virgen

del Triunfo, se la acercó una mocetona, mal casada, y habitante en «la cuesta de caxacas», diciéndola:

—Mariquita, María, ¿cómo eres tan pavona?; Pepillo, que es mi *aquel*, me encarga te manifieste que te escribirá por mi conducto, y yo te mandaré los pliegos deshauados, á ver si la *chatera* te deja percibir el olor.

—Fíese usted de los mozalbetes añadió la patizamba, que iba al oseó. *Lo mismo antaño que hogaño, y condición y figura, hasta la sepultura.*

ANTONIO J. AFÁN DE RIBERA

Granada.

Una balada de Enrique Heine

Ven, hermosa pescadora,
trae tu barco hacia la orilla
y enlazadas nuestras manos
quiero contarte mis cuitas.

En mi ardiente corazón
ya tu cabeza rechina
y deja temores vanos
tú que á la mar te confías.

Mi pecho es como el Océano
con huracanes y brisas,
pero que oculta en el fondo
muchas perlas argentinas.

Por la traducción,

JOAQUÍN OLMEDILLA Y PUIG

Periodistas españoles

Se ha repartido el cuaderno segundo del importante *Ensayo de un Catálogo de periodistas españoles del siglo XIX*, formado con paciencia y laboriosidad ejemplares por nuestro compañero Manuel Ossorio y Bernard. En este cuaderno, primorosamente presentado, termina la letra C; se incluyen íntegras las Ch, D, E y F y comienza la G, con lo cual la publicación logra considerable avance.

Seguramente excederán de 1.500 las breves biografías de este cuaderno, figurando entre ellas las de escritores de tan justa notoriedad como Camerero, Carreras y González, Casal y Aguado, Castañón, Castelar, Castro y Rossi, Castro y Serrano, Catalina, Cavia, Clemencín, Coello, Coloma, Coronado, Cos Gayón, Cueto, Chao, Chico de Guzmán, Danvila, Díaz de Benjumea, Díaz Cobeña, Díaz Pérez, Díaz Quintana, Dicenta, Domínguez Bequer, Duso, Durán y Bas, Echegaray, Escalante, Escobar, Escosura, Espronceda, Esteban Collantes, Estébanez Calderón, Estévanez, Estrañi, Estremera, Fabié, Fabra, Fastemath, Feliú y Codina, Fernández Bremón, Fernández Cuesta, Fernández Duro, Fernández Flores, Fernández y González, Fernández Grilo, Fernández Guerra, Fernández Iparraquirre, Fernández Martín, Fernández de los Ríos, Fernández Vallín, Fernández Villegas, Ferreiroa, Ferrer de Conto, Ferrer del Río, Ferreras Figueras, Figuerola, Flamant, Flores, Flórez, Forner, Fragoso, Francos, Franquelo, Frígola (padre é hijo), Frontaura, Fulgorio, Gabriel y Ruiz de Apodaca, Glado, Galilea y Galindo de Vera, por no citar más que los que dejaron nombre justamente popular en el periodismo y las letras.

Los periódicos de Madrid y provincias han acogido la obra de Ossorio y Bernard con el aplauso que merecen, y todos nuestros lectores habrán podido comprobarlo así; pero no debemos pasar en silencio que también los diarios extranjeros han tenido frases muy encomiásticas para el trabajo de nuestro compañero.

O *Diario de Noticias*, de Lisboa, ha dicho:

«Como registro do movimento jornalítico da Península, é como obra de consulta ó *Ensayo de un Catálogo de periodistas españoles* do Sr. Ossorio y Bernard merece lugar distinto em todas as livrarias selectas».

La *Correspondance Havas*, de París, en un artículo extenso que consagra á este trabajo, examina lo que es y significa el trabajo del periodista; recomienda la necesidad de perpetuar lo único que de él puede subsistir, su nombre, y añade:

«Cet important ouvrage, dont toute la presse espagnole fait le plus chaleureux éloge, est une nouvelle preuve de la profonde érudition de l'éminent publiciste Manuel Ossorio y Bernard. On peut dire de cette œuvre aussi utile qu'intéressante qu'elle réunit toutes les qualités que doit présenter un travail de ce genre; elle est á la fois complète, exacte, claire, judicieuse et impartiale; elle contient tout ce qui est utile et n'est encombrée d'aucun détail superflu.

La publication du *Catálogo*, de M. Ossorio y Bernard, fera époque en Espagne, comme celle des œuvres de Vapereau et de Larousse en France.

Le publiciste espagnol a fait preuve du double talent que inspire les ouvrages de cette catégorie; non seulement il a su ce qu'il y avait á faire, il a vu ce dont le public espagnol avait besoin, mais il a su aussi le faire et le faire bien. De plus, son œuvre n'est pas du tout imitée d'une publication française du même genre. Nous croyons, en effet, qu'il n'existe chez nous rien d'aussi complet dans ce genre, malgré l'importance qu'a la presse dans notre pays; et il serait á souhaiter qu'un de nos publicistes rendit aux journalistes français un aussi éminent service que celui que M. Ossorio y Bernard rend en ce moment á nos confrères espagnols.»

Nosotros, que consideramos como propios los éxitos de cuantos forman en GENTE VIEJA, reiteramos nuestra enhorabuena al amigo Ossorio y Bernard, ya que estas satisfacciones de índole moral suelen ser las únicas que compensan los trabajos y sacrificios en obras de esta índole.

ALBERTO VALERO MARTIN

BRINDIS

IMPROVISADO POR MANUEL DEL PALACIO, EN EL BANQUETE QUE SE LE DIÓ EN PONTEVEDRA

Me honráis con vuestra comida
señores, pero os advierto
y valga por despedida,
que al devolverme á la vida
habéis levantado un muerto.

Yo no soy ya lo que fui,
si es que á ser algo llegué,
cayó la patria y caí,
y aunque espero que ella sí,
yo no me levantaré.

Mas por muerto que me crea
sentado en mi sepultura,
aun contemplar me recrea
todo cuanto es hermosura,
luz, arte, entusiasmo, idea.

Ante ellos lleno de gozo
siento en el alma alborozo,
me olvido de que padezco
y más y más me remozo
á medida que envejezco.

Bendita pues la amistad
que tales milagros hace
ganando la voluntad,
y dichosa sociedad
la que así á la vida nace.

De cultura alzó el pendón

y ya no es grupo, es legión,
pues lo mismo aquí que en Flandes,
solo siendo cultos, son
los pueblos libres y grandes.

Crezca en riqueza y poder
este en que yo soñé lejos
y hoy de cerca puedo ver,
donde se quiere á los viejos
y se les dá de comer.

P E D I R

(Verbo muy activo.)

Todos pedimos. Lo mismo el grande que el chico, el que tiene y el que no tiene, la mujer y el hombre, el banquero y el mozo de café.

No hay ningún mortal, y sobre todo, ningún español, que no sepa conjugar este verbo, sin necesidad de aprender gramática; ninguno que no ejerza este derecho, aunque no estuviera consignado en la Constitución.

Difícilmente habrá entre los verbos otro que sea tan activo como el verbo pedir. Es la actividad personificada, ó si se quiere, *verbosificada*, si al escribir esta palabra no se desploma el edificio de la Academia Española.

Pero es un verbo tan usado, y que, sin embargo, está siempre en tan buen uso; le veo manifestarse en tantos lugares y tantas veces al día; se encuentra tan á menudo, y al mismo tiempo en tal número de bocas y de ojos masculinos y femeninos, que bien merece que se le llame *activo* por excelencia, y que se le dedique un artículo encomiástico, como va á ser el presente.

Me ha sugerido estas consideraciones el espectáculo edificante que ofrecen las iglesias de la corte en los días de Semana Santa.

En todas las mesas de petitorio, las más elegantes damas de nuestra sociedad *piden* para los pobres, para los hospitales, para los niños de la Inclusa, para muchas asociaciones benéficas.

Hay muchos modos de pedir, y esto es lo que trato de demostrar.

No se pide sólo con la palabra; se pide también con los ojos, con el silencio, con la acción, con el gesto, con las costumbres.

Por ejemplo, las señoras que acabo de citar, mudas é inmóviles detrás de las mesas cubiertas de damasco encarnado y débilmente iluminadas por la luz de dos cirios que hacen brillar las monedas reunidas en la bandeja de plata que sirve de cepillo, implora la caridad de los fieles que entran y salen, *piden* una limosna para los asilos, no con palabras suplicantes, sino con el ruido seco y estridente que hacen las monedas al ser golpeadas en la bandeja por sus dedos aristocráticos.

Aquellos golpes repetidos resuenan en el corazón de todos los que van recorriendo las estaciones, y son contestados también en silencio por otros golpes que incessantemente producen al caer en las bandejas los óbolos de las personas piadosas.

Hé aquí una manera de *pedir* muda y tranquila, y más elocuente, sin embargo, que el discurso de un candidato á la diputación á Cortes, cuando *pide* sus sufragios á los electores.

En las mismas iglesias, llenando las naves de los templos católicos, la multitud apiñada, de rodillas ante el imponente monumento, con los ojos fijos en el sepulcro del Hijo de Dios, dirige *in mente* al Redentor del mundo las más fervientes plégarias.

En todos aquellos ojos nace y se eleva á la bóveda infi-

nita una misteriosa súplica; todos aquellos labios se mueven balbucientes al sagrado contacto de una oración, y todos *piden* al Eterno el perdón de sus pecados y la felicidad de la otra vida.

Hé aquí otro modo de *pedir*, en el que sólo el pensamiento y el alma toman una parte activa; he aquí, sin duda, la *petición* más grandiosa, más noble, más santa y más infinita.

Pero entremos en otro terreno, no ya místico sino profano.

Mientras aquellas manos de hada hacen sonar las monedas para llamar la atención de los fieles cristianos, otra clase de *peticiones*, mudas también, pero expresivas, cruzan las iglesias y sus umbrales en todas direcciones.

Ignoro si será porque el día de Jueves Santo no hay teatros ni reuniones donde menudean galanterías, ó porque, con la excusa de que Dios está muerto ese día, se creen autorizados algunos para convertir los templos en escenario de sus fragilidades; pero es lo cierto que se cruzan miradas de inteligencia, llenas de *peticiones*, entre alguna linda devota y algún atildado *gomoso*.

—Quiéreme, no seas ingrata—dicen las del pollo.

—*Pide* mi mano á papá—repiten las de la joven.

Es decir, *peticiones* hechas con los ojos, más descaradas y más persuasivas que si se hicieran con la lengua.

—Mañana *pido* en las Calatravas—dice la Marquesa de X á sus numerosos admiradores.

—*Pido* á usted mil perdones, Marquesa, pero esta noche me ausento de Madrid—contesta algún reacio.

Petición hecha generalmente con la pluma.

A la puerta del templo.

Una limosna por Dios—dice un sordo mudo haciendo sonar una campanilla.

—A este pobre anciano de ochenta años.

—Para mis hijos.

—Para mi madre, que la tengo en el hospital.

Un diluvio de *peticiones* en las que la mano juega un papel principal y que son dictadas por la miseria, por la desgracia y también por la holgazanería.

Pero no es esto sólo. Es un error creer que únicamente podemos pedir los seres racionales. Por el contrario, todos los días y á todas horas están pidiendo algo la naturaleza en sus tres reinos, las costumbres y las leyes.

¿No *piden* riego las plantas, abono los campos, pulimento las piedras y alimentos todos los seres de la escala zoológica?

El hombre y la naturaleza no pueden vivir sin establecer de antemano un continuo cambio de servicios.

El hombre *pide* sus frutos á la tierra, y ésta *pide* al hombre que la cultive y la mejore.

El hombre hace leyes para que nadie se tome más de lo que en rigor puede pedir, y las leyes *piden* á voz en grito su reforma cuando ya son ineficaces.

Por último, hay una mala costumbre que pugna con los adelantos ó la cultura de una nación. Pues esa costumbre *pide* también su abolición, hablando elocuentemente en la esfera de la moral.

Es decir, que no somos nosotros los únicos que *pedimos*, porque el derecho de *petición* es tan inmanente en el hombre como en la naturaleza toda; porque *pedir* es tan halagüeño y al mismo tiempo tan fácil, que hasta las brisas *piden* á las flores sus aromas, las nubes *piden* al mar sus aguas, y la luna, la *casta diva* que nos acaricia melancólica, *pide* al sol la luz que necesita para iluminar la tierra.

Es decir, que todos pedimos: que no reconozco ningún derecho más ilegible que éste; que no hay verbo en la gramática cosmopolita más trabajador ni más asendereado.

do que el aludido, y que tal es nuestro afán de *pedir* siempre y en todos los tonos, que hasta se ha llegado á *pedir peras al olmo*.

¿Qué hacía nuestro padre Adán cuando, sin saber todavía qué uso había de dar á su lengua, se paseaba sólo y aburrido por el Paraíso, en medio de tantos animalitos? *Pedir*, aunque sin darse cuenta, una compañera de su clase, por el amor de Dios.

¿Qué han hecho todas las generaciones que nos han precedido en el uso de la palabra? *Pedir* y volver á pedir.

¿Qué hace el niño recién nacido cuando, apenas fuera del claustro materno, rompe á llorar como un desesperado? *Pedir* el alimento que le falta.

¿Qué significan los frecuentes insomnios de la niña casadera, los suspiros comprimidos que se escapan de su corazón? Que *pide* un esposo á voz en grito.

¿Nuestra misma envoltura material no *pide*, cuando llega la noche, el descanso necesario?

Y, por último, como prueba de que *pedimos* siempre, hasta en los casos en que no interviene nuestra voluntad, cuando una persona muere, ¿no está pidiendo su cadáver, muy *sensiblemente*, una capa de tierra que le dé sagrada sepultura.

Hemos convenido, pues, en que pedir es una necesidad, y que la necesidad puede ser más ó menos grande, más ó menos ostensible, porque muchas veces decimos—y hasta en verso se dice:

Mire usted que se lo pido
con mucha necesidad.

Vengamos sin embargo antes de concluir, al terreno práctico de la vida, donde los ejemplos son tan numerosos, que *pido* á mis lectores me releven de presentar muchos.

Y no hay que pretender que sólo *piden* los pobres. Ya lo he dicho antes. El *pedir* es propio de todos los humanos, y lo mismo *pide* un duro el que no tiene que comer, que pide un título de Castilla el banquero acaudalado.

¿Quién no se ve en el caso de tener que pedir un favor?

Desde el soberano hasta el último pordiosero, todos *piden* según sus circunstancias.

El Rey *pide* á Dios la felicidad para su pueblo, y á éste su concurso para la mejor gobernación del Estado; los Ministros *piden* al Monarca su confianza, y consejo los unos á los otros; los banqueros *piden* en sus oraciones el buen éxito de sus negocios; los generales el de sus campañas; los ambiciosos el de sus deseos; la hija de la familia más aristocrática y más mimada por la fortuna necesita *pedir* el consentimiento paterno para casarse; los autores dramáticos *piden* aplausos para sus obras, y las criadas tienen que *pedir* la cuenta para despedirse.

Y así sucesivamente. Este sería el cuento de nunca acabar.

El fondo siempre es el mismo. Únicamente varía la forma.

Una limosna se pide con la cara descubierta y con el velo echado y de otros mil modos.

Los mozos de café, los peluqueros y todos los dependientes del municipio *piden* propina, unas veces sin decir una palabra, porque así lo ha sancionado la costumbre, y otras por medio de felicitaciones en verso.

Hay algunos individuos que por su mala vida están *pidiendo* á voces el presidio.

Y muchos revendedores que no tienen inconveniente en *pedir* cuatro y cinco duros por una butaca.

«¡Caballos! ¡caballos!», *pide* el ilustrado público en la Plaza de Toros, cuando sale alguno que *da mucho juego*.

«*Pido la palabra*», dice el diputado y todo el que tiene ganas de hablar delante de gente.

«Es justicia que pido», dicen al final los escritos de los abogados.

«No me *pida* usted mucho», dice el comprador al vendedor.

Se *piden* audiencias y destinos, se *piden* informes y la repetición de piezas de música, y contestación á las cartas, y que se realicen nuestros deseos á *pedir* de boca, y hasta se *piden*.... gollerías.

En una palabra. Propongo que aquella frase que dice: «El hombre vive para comer y come para vivir», se sustituya ó se complemente con esta otra:

«El hombre nace para pedir, y hasta pide permiso para nacer.»

Y no continúo por no ser interminable.

Después de todo, creo que no se puede *pedir* más.

RICARDO SEPÚLVEDA.

Tarjeta postal

A una linda polluela
que es digna sucesora de su abuela.

De una Concha preciosa,
donde el iris, luciendo sus colores,
cuajó perlas con tintes de las flores,
eres la descendiente;
y como perla, Rosa,
ostentas en tu frente
toda la luz que nace en el Oriente.

JUAN JOSÉ HERRANZ

LÍNEAS

Las fieras y los hombres suelen respetar á quienes les desprecian.

En todos los bolsillos hay un duro para quien no le necesita, y en todas las mesas un cubierto para quien no tiene hambre.

Huir del trabajo es dar en los trabajos.

Lo primero que se necesita en este mundo es no necesitar.

El dinero, como las personas, huye de quien le tiene en poco.

La malicia ocupa siempre el lugar que le deja vacante la sabiduría.

Así como en los verdaderos gallineros no puede haber más que un gallo, en los gallineros humanos sólo puede haber una gallina.

Es menos peligroso para el hombre jugar con una bomba de dinamita que con una mujer.

LA ETERNIDAD

¡Y entonces te veré!—Pero ese día
¿cuándo, al fin, llegará? ¿Cuándo?—¿Qué importa?
¡Para el que espera el bien y en Dios confía,
la eternidad es corta!

FEDERICO BALART

El Congreso Internacional de Arquitectos

EN ESPAÑA

I

Al Excmo. Sr. Ministro
de Instrucción Pública y Bellas Artes.

Si el Congreso de que voy á ocuparme no tuviese carácter internacional, para nada y por nada me tomaría yo el trabajo de meter la cueza en él, porque aun cuando de tal Asamblea poco útil y de general interés viniese en provecho de todos, ó por el contrario, las enseñanzas llegasen á tocar lo más completo y sublime de la profesión, ni me deleitaría poniendo en solfa la bancarrota, ni me hincharía pregonando alabanzas, puesto que para éstas nunca han faltado ni faltan coros que todos ya tenemos muy oídos; y con los ordinarios que forman el montón, ni he andado ni es honroso tomar número en sus comparsas.

Pero habiendo de ser de carácter internacional el futuro Congreso que en el mes de Abril, ya al caer, tendrá sus sesiones en la capital de nuestra nación, no conviene dormirse, y menos callarse, siendo así que de la vigilancia y vocerío á tiempo habida y dado, puede resultar algún provecho, si bien no sea otro que tener alerta al Ministro y á la Academia de San Fernando, ó evitar el fracaso, que de todo puede contarse en la viña del Señor.

No deja de alcanzárseme que semejantes Asambleas no entrañan forma alguna oficial, pero la costumbre les viene dando un tinte oficioso de protección, tanto que suelen tomar parte en sus actos las magistraturas supremas de los Estados que en sus respectivas ciudades hospedan á los congresistas.

Según esto, conviene que el señor Ministro de Instrucción pública y Bellas Artes vaya pensando con tiempo lo que indirectamente cae dentro del área de su cargo, á fin de que más tarde no sea tomado por cabeza de turco, y sobre él se descarguen todas las responsabilidades, eso que en cuanto Ministro no tiene por qué andar con las manos en tal mortero.

Sepa desde luego el señor Ministro que la comisión directiva española no dispone de los fondos necesarios que el buen nombre de España requiere para que nuestros arquitectos no sean arrastrados por la corriente del ridículo. La falta de cuartos trajo ya el aplazamiento del Congreso, motivo que por cobardía no han declarado los señores arquitectos de la Junta. Y sin cuartos, ¿qué han de hacer? Puede ser que á última hora sobren fondos, mas las cosas atropelladas en materias de tanta monta no lavan el ridículo y el descrédito facultativo.

Sea esto el primer punto. Y entremos en el segundo. La Academia de Bellas Artes de San Fernando debe ser, según sus Estatutos y Reglamento, la en que ponga su confianza el Ministro, y la que á su cargo tome la dirección del Congreso, bajo la autoridad del Ministro.

Deber de la Academia es vigilar, conservar, coleccionar y alentar todo cuanto á las Bellas Artes tiende y mira, y siempre con mucho celo é interés. No basta que nombre arquitectos de la Casa que la representen. Toda ella, en masa, está dentro de la convocatoria, puesto que el EDIFICIO lo comprende todo. Y la prueba nos la presentan los templos y los teatros principalmente. La pintura, la escultura, la música y el arte de construir componen el cuerpo arquitectónico por excelencia, sin que contemos la jardinería. ¿No lo entiende ni lo siente así la Academia? Entonces debe confesar también de palabra, puesto que de hecho lo testifica, que no ha penetrado el alcance de sus Estatutos y Reglamento. Cuando guste, y sin que la guste, se lo aclararemos, si por indolencia se llamase á andana.

Esta misma Academia debe ejercer una acción vigorosa,

pronta y oportuna para que los Museos de la capital, en primer lugar, y los otros que bajo su inspección se encuentren, se presenten muy bien acondicionados y ofrezcan las clasificaciones de nuestras preciosidades debidamente catalogadas y con las indicaciones clasificantes al lado ó al pie de cada objeto (1); y sobre todo, que el Museo del Prado deshaga la desdichada colocación de cuadros de la galería principal—colocación no dispuesta por el Sr. Villegas,—y la muy lamentable, y pobre y hasta ridícula presentación de la sección escultórica del mismo Museo. Parece mentira, pero bochornoso se alza, que ni la Academia ni el Museo hayan sabido todavía dar al público la clasificación de las esculturas de tan riquísimo cuanto visitado tesoro artístico.

BERNARDINO MARTÍN MINGUEZ.

(1) El señor Conde de Romanones ya ordenó esto, y en gran parte no se ha cumplido.

EL PARQUE

Tiene un marqués una mansión dichosa
que parque frondosísimo rodea,
donde arrulla la fuente que serpea
junto al ciprés la enamorada rosa.

A lo lejos, azul el mar reposa,
acá un valle que el ánimo recrea,
donde un arco romano es muda idea
de cuanto el hombre á perecer endiosa.

El ave de la Australia, el buey paciente
vagan allí junto al arbóreo gamo,
el sol ya se avecina al Occidente,

Tanta grandeza al contemplar sonrío,
y por el soto discurriendo exclamo:
el es el dueño y el paisaje es mío.

MIGUEL SANCHEZ PESQUERA

LA DECEÑA DRAMÁTICA

¿Entraré? ¿Daré mi opinión, aunque nadie me la pida, sobre el pleito con la Sociedad de Autores?

Estoy comenzando á escribir y todavía vacilo. De un lado, pretender que la crítica resuelva cómo han de administrarse los autores dramáticos, me parece algo así como si los cocineros sostuvieran la necesidad de dirigir el movimiento pecuario del país; de otro, eso de que se cobren los derechos de las obras de dominio público, tiene mucho de incorrección y de abuso. Por una parte, establecer el absolutismo y el poder personal para ejercer el monopolio de la inteligencia, resulta un salto atrás de tal naturaleza, que no hay buen sentido que pueda defenderlo; y por otra, es innegable que la Sociedad administra mejor y más económicamente que lo hacían los editores.

De todo lo cual, vengo á deducir, que la Sociedad de Autores españoles, como toda obra humana, no es perfecta, sino perfectible, y que la intransigencia en que se ha estado colocando puede perjudicar los intereses de todos.

Y esto no es un *pasteleo*, es, sencillamente, no estar apasionado.

Y así, pues, apartado de los unos y de los otros, y reunido con todos, lo que viene á ser la razón de la sinrazón en este caso, opto por un término medio, á trueque de que se me compare con aquellos ecléticos que, si una escuela positivista declara, por ejemplo, que dos y dos son cinco, y otra, negativa, afirma ser dos y dos nueve, declaran ser dos y dos siete, por puro amor al término medio.

Y basta ya de razonamientos, más ó menos convincentes y floridos, y á otra cosa.

María Tubau ha alcanzado, en la hermosísima comedia *La castellana*, uno de sus triunfos más brillantes, más esplendorosos, uno de sus éxitos más generales y espontáneos. Verdad que hizo una labor extraordinariamente artística.

Amato, que es un actor de veras, secundó el brillante trabajo de María Tubau de un modo admirable: desempeñó su simpático papel con verdadera maestría artística, y compartió con la eminente actriz los entusiastas y nutridísimos aplausos del público que llenaba la sala y que ovacionaba delirante el genial trabajo de los dos artistas. La comedia *La Castellana*, original de Capús, y hábilmente arreglada á la escena española por Ricardo Blasco, es hermosísima; una comedia como estamos poco acostumbrados á ver por aquí; lo tiene todo: naturalidad, gracia, intensidad dramática en algunas escenas, ambiente, originalidad, color, todo, absolutamente todo lo que puede exigírsele á una buena comedia.

Muy acertados también la señora Estrada, actriz discretísima, el Sr. González y la señorita Carbone, que, además de muy sensata, es actriz muy linda. ¡Ah!, se me olvidaba. María Tubau lució en esta comedia cuatro *toilettes* de gran precio y de un buen gusto y una elegancia tales, que hubo momentos en la obra en que, á pesar de la gran fuerza y del interés de la comedia, las señoras atendían, más que á lo que se representaba, á los elegantísimos *toilettes* de María Tubau.

El teatro de Novedades está haciendo una brillantísima campaña, y en honor á la verdad, muy merecidamente. Los actores de aquella compañía son muy discretos todos, y entre ellos descuellan María Santoncha, que es una muy buena actriz; la señorita Martín Gómez, que es inspiradísima y de gran mérito; Robles, conocido ya de todos y por todos aplaudido; Coduras y González Hompanera, que se ha revelado como un actor de verdadero temperamento artístico, de grandes alientos y de excepcionales condiciones para el drama. En *El soldado de San Marcial* obtuvo uno de los éxitos más ruidosos que se han obtenido en la escena.

Hizo en su papel verdaderas *grandes cosas*, y en el acto tercero, en la escena en que de paso con otros presidiarios se encuentra con su hija, la más culminante de la obra, arrebató, más aún, electrizó al público que no se cansó de ovacionarle.

¡Muy bien! Sr. Hompanera. *Rocambole*, el Ingeniero de *Aurora*, el *Tenorio* y todos cuantos tipos lleva representados en Novedades, encuentran en usted un brillante intérprete.

Las zarzuelitas de chulos románticos, de verduleras líricas, van acabando ya por aburrir al público que las rechaza. No es esto decir que el llamado *género chico* termine, no, de ninguna manera. En primer lugar, yo entiendo estúpido dividir el género en chico y grande. Encuentro que hay sólo *género bueno* y *género malo*, y que zarzuelas como *La verbena de la Paloma*, *El santo de la Isidra*, *El puñao de rosas*, etc., y sainetes como *Los valientes*, por ejemplo, serán siempre *género grande*, que podría llamarse en estos casos *género corto*.

La Comedia ha obtenido un triunfo con su *Secreto del Polichinela*.

Mariucha... á los grandes genios hay que decirles la verdad, prueba que teniendo el inmenso y selecto bagaje literario que Galdos tiene, puede hacerse una obra dramática sin condiciones de tal, y, sin embargo, ser aplaudida.

Si *Mariucha* hubiera sido escrita por otro autor, probablemente la hubiera protestado.

UNO QUE FUÉ AMIGO DE BARRUTIA.



BIBLIOGRAFIA

Sólo para dar cuenta del título de los libros que ven la luz pública, sería necesaria una edición extensa de GENTE VIEJA. He de limitarme, pues, á un verdadero índice y á ligerísimas impresiones.

De la casa F. Sampere y Compañía, de Valencia, hemos recibido «Literatos extranjeros», por Ángel Guerra; el autor ha reunido en este tomo muchas de sus impresiones críticas, que acusan en él un gran talento observador y un criterio refinadísimo para juzgar.

«El mal del siglo», de Max Nordau, novela que, como todas las de su eminente autor, enseña á la par que conmueve y deleita. «La Libertad», de Schopenhauer; un libro muy curioso y conocido, y «Origen de las profesiones», por Herbert Spencer, donde el autor nos dice, con gran prolijidad de detalles cómo y dónde nacieron y se formaron las profesiones de médico, músico, orador, poeta, bailarín, autor dramático, literato, biógrafo, pintor, profesor, etc., etc.

Hemos recibido también una revista dirigida por don Antonio Cánovas, titulada «La Fotografía», verdadera mente notable. Es un trabajo desconocido aquí y admirado por todos. «Rincón de aldea», «Paisaje argentino», «Lolita» y «Contrastes», son cuatro fotografías de un arte tan grande que resultan verdaderos cuadros y cuadros muy artísticos y muy hermosos.

La «Nueva Historia», de A. Pérez Asensio y Compañía, editores, es una obra que merece ser consultada por los eruditos y por aquellos que necesitan de estudios tan importantes como éste.

«De todo un poco», por Arístides García Gómez (Stentor). Colección de cuentos en los que campea un buen gusto en arte, mucho ambiente, mucho colorido y mucha amenidad.

«Emparedados franco-españoles», por Enrique de Alba y Rodríguez; un libro curiosísimo y muy bien escrito, en el que asisten los lectores nada menos que á una conferencia entre Calderón y Moliere, escrita en las lenguas respectivas de ambos colosos.

«Discursos, cartas y otros escritos del duque de Rivas». El solo título de este libro acusa lo provechosa, lo amena y lo altamente útil de su lectura.

«Nuevos cuadros de la fantasía y de la vida real», por el Duque de Rivas; es un libro que deben leer todos los aficionados á las buenas letras.

«Obras completas de Eusebio Blasco», III tomo. Hay libros que no necesitan de alabanzas, tal es su fuerza, y de éstos son cuantos nacieron del inagotable ingenio de aquel luchador infatigable y gran maestro, que se llamó en vida Eusebio Blasco. Así, con decir que se ha puesto á la venta el tomo III de sus «Obras completas», creo decir bastante, seguro de que cuantos lo sepan han de adquirir el libro para admirar en sus páginas el talento de Blasco, gloria y prez de nuestras letras.

«La Catedral», por Vicente Blasco Ibáñez, es una novela hermosísima, magistral. Blasco Ibáñez ha producido novelas bellísimas, de un arte extraordinario; el color y el ambiente pocos autores saben darle como el glorioso novelista valenciano; sus novelas, repito, son todas intachables, maestras. Me sucede con ellas que la última que leo es la que más me gusta, y por esto tal vez creo hoy que es «La Catedral» la novela más valiosa de su autor. Los periódicos se han hecho lenguas de ella, y por no repetir lo que otros han dicho con más autoridad que yo, no hablo más de «La Catedral», limitándome á decir, aun cuando esto no sea una verdad nueva, que es Blasco Ibáñez un novelista como muy pocos, como poquísimos, son entre todos los europeos.

La casa editorial Maucci, de Barcelona, ha publicado un retrato de S. S. Pío X, hecho por el notable pintor Joaquín Diéguez. La riqueza del colorido, en el que se

combinan diez y seis tintas, y el tamaño natural de la figura, que en actitud de bendecir se destaca de un fondo rojo de sedas y terciopelos, hacen de este trabajo un cuadro de gran valor.

Curiosidad literaria

GENTE VIEJA, que por algo se titula últimos ecos del siglo XIX, se hace un honor reproduciendo un documento curiosísimo del inmortal Quintana, casi totalmente desconocido—el documento, no el poeta—de la actual generación.

DEDICATORIA QUE HIZO QUINTANA DE SUS POESIAS,
Á CIENFUEGOS.

Ven, dulce amigo mío, á honrar con tu respetable nombre la edición de unos versos, que si algún precio tienen, es debido en gran parte á tu inspiración y á tu ejemplo. Nada importa que el mármol del sepulcro te tenga ya separado de la región de los vivientes. ¿Desata acaso la muerte los lazos de amor y de estimación que unen entre sí á los hombres? No, caro Cienfuegos; la muerte los estrecha de un modo indisoluble; ella los defiende de la inconstancia y de la inconsecuencia; ella los asegura contra los vaivenes de la fortuna; ella, en fin, los pone á cubierto del frenesí de las pasiones. A lo menos de los muertos no hay que temer, Nicasio, esta ingratitude escandalosa, esta alevosía cruel que tan amarga y frecuentemente experimentamos de los vivos.

El dedo de Madrid me señalaba en otro tiempo como discípulo, como compañero tuyo. La afición á unos mismos estudios y la profesión de unos mismos principios, hacían este honor á mi nombre, bien que ni por la variedad y excelencia de mis talentos, ni por la belleza y perfección de mis escritos debí jamás ir á la par con el tuyo. De tí aprendí á no hacer de la literatura un instrumento de opresión y de sirvidumbre, á no envilecer jamás ni con la adulación ni con la sátira, la noble profesión de escribir, á manejar y respetar la poesía como un don que el cielo dispensa á los hombres para que se perfeccionen y se amen, y no para que se destrocen y corrompan.

¿Y quién en la miserable época que acaba de pasar ha observado mejor que tú estas máximas sagradas? A la vista, y casi en las garras del despotismo insolente y bárbaro que nos oprimía, cantabas tú las alabanzas de la libertad; y en medio de la corrupción más estragada y del desaliento más pusilámene que hubo nunca, tu voz vehemente y severa nos llamaba poderosamente á la energía de los sentimientos patrióticos y á la sencillez y dulzura de las costumbres inocentes. Tengan en buen hora otros escritores la gloria de pintar con más halago las gratas ilusiones de la edad primera; haga en buen hora su mano resonar con más gracia el laud de Tibulo ó la lira de Anacreonte; pero aquellos que sientan en su corazón el santo amor de la virtud y la inflexible aversión á la injusticia; los que se hallen inflamados del entusiasmo puro y sublime hacia el bien y dignidad de la especie humana, esos todos harán continuamente sus delicias de tus odas, de tus epístolas y de tus tragedias, y en ellas hallarán un alimento propio de sus almas sensibles y virtuosas.

Nuestra revolución se anuncia en el Escorial, y la agresión escandalosa de los franceses la precipita en Aranjuez. ¿Que hará Cienfuegos? ¿Doblará la rodilla al azote del país? Y sacerdote de las musas, ¿profanará su ministerio dorando con el brillo de la armonía y de la elocuencia el acto de iniquidad más execrable que han presenciado los siglos? El atleta robusto de la libertad, ¿dejará pasar esta ocasión de hacer frente á la tiranía, y de luchar cuerpo á cuerpo con la injusticia? ¡Ah! No. Si al llegar esta crisis espantosa, tus fuerzas, acabadas con la mortal

dolencia que te consumía, no te dejaron escribir; si tu voz, ya casi moribunda, no era bastante á entonar aquellos cantos de fuego que hubieran excitado tan noblemente el ardor de los españoles; si no pudiste, en fin, servir á esta causa santísima con aquel carácter irresistible que imprimía tu pluma en la verdad, tú suspiste, y esto es más aún, tú supiste sellar con la entereza de tu conducta las bellas máximas que habías esparcido en tus escritos; y mártir glorioso de tu patria, arrostraste y sufriste la muerte por no transigir con los tiranos.

¡Oh, Cienfuegos! Este tiempo de borrasca ha sido también un tiempo de prueba; y ¡cuán triste, cuán amarga es la que algunos han hecho de la consistencia de sus principios y de la realidad de sus virtudes! Hipócritas de honor y patriotismo, no han podido sostenerse contra el torbellino revolucionario, que les ha arrancado la máscara con que se cubrían y puesto en descubierto toda su abominable desnudez. Tú conocías á muchos de ellos, tú los amabas, tú los estimabas. ¿Pudiste imaginarlo jamás? Los unos se ríen ahora de la misma doctrina que antes predicaban; se han hecho siervos y apóstoles del más execrable tirano, y han insultado sacrílegamente á la patria moribunda en su agonía. Los otros, destrozando cruelmente los vínculos de una amistad antigua y jamás violada, han profanado sin pudor ninguno los respetos todos de la hospitalidad y la confianza, y correspondido al afecto más tierno y paternal con la más negra traición. ¡Ah! ¡puedan estas líneas, si alguna vez llegan á sus ojos, presentarles la horrible diferencia entre lo que ahora son y lo que antes parecían!.. ¿Pero dónde voy? Perdona, amigo mío, si he inquietado el reposo de tu sepulcro con unas quejas tan tristes. Al recorrer estos versos, fruto de nuestros ocios antiguos y ocupación agradable de aquel noble retiro en que vivíamos, mi alma, hondamente afligida, no ha podido menos de volver su vista hacia atrás, y contemplar cuán escandalosos desertores han tenido la filosofía y la virtud.

Acabó para mí, y no volverá jamás, aquel tiempo de dulces ilusiones, de gratos y apacibles estudios. Fuerza ha sido abandonarlos para acudir al peligro común y servir á la causa pública en tareas y afanes harto diferentes. Otros cantarán después el triunfo, cuando serenada la agitación y restablecido el orden, la voz dulce de las musas vuelvan á resonar en España. Entonces tus vigorosos versos, dignos precursores de libertad y de virtudes, serán aplaudidos con igual admiración que gratitud. Entonces, si por dicha llegan hasta allá los míos, el autor unirá su aplauso al de la posteridad; y el alto aprecio y amistad afectuosa que en vida sintió por tí, prolongándose más allá del sepulcro, durarán siquiera todo lo que dure este libro.

BIEN VENIDO

A su vuelta del extranjero hemos tenido el gusto de saludar al Sr. D. Carlos Coppel, comerciante á la moderna, que no omite gasto ni sacrificio para colocar su casa de la calle de Fuencarral, núm. 25, á la altura de las mejor montadas de Europa.

Entre los varios modelos nuevos que ha traído, llama la atención uno, al que dan el nombre de *extra plano*, cuyo espesor es menor que el de una pieza de duro y cuya marcha, garantizada, resulta cronométrica.

Imponer el uso del reloj abaratándole, es casi un acto de filantropía en un país en que, como en éste, nada se hace á su hora.

Deseamos y auguramos al Sr. Coppel una gran venta en el año entrante, que compense su laboriosidad y trabajo constante en el ramo á que dedica su conocimiento y su actividad.